

CAPÍTULO XXIII

Las Antillas. — Los Filibusteros.

Ya hemos visto que en los antiguos mapamundis se encontraba la *Antilla* indicada en el Océano, ya como una sola isla, ya como un grupo de ellas, y se suponía situada hacia las Canarias por unos, y por otros en las inmediaciones del Japon. Colon, persuadido de que había arribado á la India, aplicó este nombre de Antillas al Archipiélago que se extiende desde la extremidad meridional de la Florida á la entrada del Golfo Mejicano, hasta la embocadura del Orinoco sobre una curva de 1,700 millas, á poca distancia del otro Archipiélago de las Lucayas, al que arribara primeramente.

Podría muy bien creer alguno que estas islas fueron un tiempo tierra firme unida á los dos continentes, de los cuales las separó el mar; pero el exámen geológico induce á creer que muchas de ellas surgieron con posterioridad á las de formación granítica y metálica, que podríamos llamar primitivas, cuales son Cuba, Haití, Jamáica y Puerto Rico. Numerosos volcanes hierven aun en aquellas regiones, sepultando ó destruyendo sus ciudades frecuentes terremotos (1); y se hallan tambien expuestas á otro terrible azote en los huracanes que se desencadenan por do quiera, con ímpetu tal que conmueven á las rocas mismas arrancándolas de sus cimientos, producen trombas marinas, y entre el fulgor de los relámpagos y torrentes de lluvia arrojan contra la costa los buques de mayor porte, y barren en los campos así los árboles como los edificios.

Sin esto, sería encantador aquel clima, constantemente sereno, en el cual jamas pierden las plantas su verdor, y en que la estacion de las lluvias no hace mas que infundir nueva vida en la vegetacion, que ostenta con lozana gallardía la magnificencia de las regiones ecuatoriales, y alimenta aquella infinidad de insectos que son el tormento de los países tropicales. Los vientos alisios que constantemente se dejan sentir de la parte del Este, hicieron distinguir á las Antillas en *islas de Barlovento* á Levante, y en *islas de Sotavento* á lo largo de las costas de la Colombia.

Los Europeos encontraron en ellas dos razas principales de habitantes, tan desemejantes entre sí por sus costumbres como por su aspecto. La una en las islas meridionales, que había llegado á ellas desde la Guayana, de donde la habían expulsado los robustos Arrowakis, se llamaba de los Caribes; gente de color cobrizo, ágil, de buena estatura, vigorosa, continuamente ocupada en hacer incursiones en las otras An-

(1) En 1691 fué destruida en Haití la ciudad de Agira: en 1751 y 52 Puerto Príncipe y Leogana: en 1792 Puerto Real y Jamáica; y en el año 91 sufrió Cuba terribles sacudidas. Conocido es el reciente desastre de la Pointe-à-Pitre, en 1843.

tillas y en el continente para hacer prisioneros y comérselos, y que opuso á los Europeos tan obstinada resistencia, que fué necesario exterminarla, sin que quede probablemente resto alguno de ella; y la otra la constituían hombres pacíficos, dulces, afeminados, puede decirse, cuya mayor parte sucumbió bajo el peso de los duros trabajos que los conquistadores les impusieron.

En un principio solo las hollaron con sus plantas los Españoles, y hemos dado anteriormente cuenta de la suerte que cupo á las principales de estas islas, en donde por vez primera se puso en práctica el feroz y absurdo sistema de las colonias; pero mas adelante, no hubo pueblo que no quisiera tener en ellas un establecimiento (1), y cultivar la caña de azúcar que en aquel fértil suelo prosperaba mas que en su suelo natal. Los Holandeses (1634) adquirieron á Curacao, roca con un excelente puerto, desde el cual traficaban con Venezuela, ademas de San Eustaquio y de la fértil Saba, y disputaron por largo tiempo á los Franceses la posesion de Tabago, que vino posteriormente á poder de los Ingleses. La Dinamarca (1696) compró á la compañía de las Indias á Santa Cruz y Santo Tomas, en donde tuvo muy pronto como asociados á varios comerciantes de Brandeburgo, y hasta los Suecos (1785) ocuparon á San Bartolomé, que compraron á la Francia. El grupo de las pequeñas Antillas fué casi por entero propiedad de los Franceses (1625-30); pero la compañía las tuvo en tan poco que las vendió al por menor. Boiseret compró por 73,000 francos la Guadalupe, Mari-Galante y los Santos: Duparquet por 60,000 la Martinica, Santa Lucía, la Granada y las Granadinas, dos de las cuales revendió por 80,000 francos; y la orden de Malta (1651) pagó 50,000 escudos por San Cristóbal, San Martin, San Bartolomé, Santa Cruz y la Tórtola. Los compradores gozaban de una autoridad absoluta sobre los terrenos, así como en los cargos civiles y militares, teniendo tambien el derecho de gracia; y el interes privado contribuyó mucho á mejorar estas posesiones, si bien los Holandeses se dedicaron en ellas al mas activo contrabando.

Santo Domingo, primer establecimiento de los Españoles en el Nuevo Mundo, quedó muy pronto despoblada, como ya hemos dicho, y los Negros que á ella se trasportaron, se sublevaron; primera reaccion de esta raza negra, que debía dominar mas tarde en aquella isla. Un terremoto destruyó la ciudad, y posteriormente y por orden de la reina Isabel, Drake devastó el país. Habiendo perecido en el interior los indígenas, los especuladores se dirigian de mejor grado á Méjico, al Perú y á Nueva Granada, y los pocos que en la isla quedaron,

(1) Épocas de los establecimientos: San Cristóbal, 1625; la Barbada, 1627; Antigua y Niéves, 1628; Monserrate, 1634; y la Anguila, 1630. La Jamáica fué arrebatada á los Españoles en 1655; la Tórtola á los Holandeses en 1666, y las Antillas francesas fueron tomadas en 1764.

faltos de brazos y de capitales para la explotación de las minas, vivian dedicados á la piratería. Todavía se entregaron mas á esta cuando el gobierno, habiendo prohibido el comercio con los extranjeros, mandó con este objeto destruir las obras de los puertos; de modo que los habitantes se vieron reducidos á vivir en el interior de la isla, quedando apenas en esta 14,000 criollos y 1,200 Negros insurgentes.

La principal ocupacion en las Antillas fué siempre el contrabando, conspiracion de la sociedad contra el fisco, que restablece el equilibrio de los cambios, roto por las leyes prohibitivas, y en que concluye siempre por ganar el que sabe arriesgarse: epigrama del comercio, que tiene su parte dramática y hasta heroica. En todas aquellas rocas se amparaba una variada multitud de atrevidos corsarios que llenaron el mundo con la fama de sus temerarias empresas, buscando las costas mas peligrosas, y conspirando con las tempestades contra el mal genio de la prohibicion, y contra las leyes tan racionales como impotentes. La magnífica Isla de Cuba se hallaba, puede decirse, des poblada, y se poblaba en cambio de toda clase de caza, con la que se proveían los que se daban al corso. De gran lucro llegó á ser, por tanto, el comercio de víveres, y los *matadores*, despues de muerta la caza, la secaban al fuego sobre parrillas al modo de los Caribes. Esta operacion se significaba con la palabra *bucan* en la lengua del país, y de aquí el nombre de *Bucaneros* que se dió á aquellos, Franceses en su mayor parte, y que vivian en una de aquellas asociaciones de que ofrecieron frecuente ejemplo los salteadores de caminos.

El Bucanero se vestía con las pieles que arrancaba á las fieras y á los toros salvajes sin preparacion ninguna, y siempre llevaba en su compañía una jauría de 25 á 30 perros, y un fusil de calibre de á onza, único instrumento de su oficio, única resolucion de sus litigios. Era tradicion entre ellos que Dios les había impuesto este precepto: «Matarás toros durante seis días, » y el sétimo llevarás las pieles á las naves. » Cuando el Bucanero no cazaba, se ocupaba en explorar las pistas y los sitios, en coger naranjas separándolas á tiros de las ramas, y en formar discipulos, y así vivía en aquella sociedad que había escogido con sus perros y sus *enganchados*, especie de criados que venian de Europa y se ponian á su servicio, en el cual se obligaban á estar por espacio de tres años. Apenas el Bucanero descubría un buque, se dirigía apresuradamente á la playa, en donde amontonaba las pieles y la caza que había logrado: el cambio se efectuaba en muy pocas palabras, y él volvía á proveerse nuevamente. Los Españoles, para desalojarlos de las Antillas, destruyeron en estas los toros salvajes; pero en aquellas rocas se hallaban apostados para, asegurarse con las armas el contrabando, piratas ingleses, que se llamaban de una palabra indígena *free booters*, y á quienes por corrupcion

se llamó despues *Filibusteros*. Estos, llevados de la enemiga comun que á los Españoles profesaban y del deseo de enriquecerse con el pillaje, se unieron con los Bucaneros, y tomando el nombre de *Hermanos de la Costa*, se formaron reglamentos adecuados á enemigos de la sociedad. Ya una tropa de Franceses é Ingleses había tomado posesion de la isla de San Cristóbal, en la que cultivaban el tabaco; pero desalojados de ella por los Españoles, se dieron al corso, trasladándose algunos á la Tórtola, isleta próxima á Santo Domingo. Fué esta desde entónces el centro y depósito de sus correrías; y como dirigian las últimas contra los Españoles mas especialmente, eran bien vistos por los enemigos de esta nacion, y de ellos recibian patentes de corso.

Entre los Filibusteros reinaba la mas perfecta igualdad de derechos: nada tenían propio, ni aun la mujer ni los hijos; todo, en fin, era comun, excepto el criado que cada uno tenia, y del cual era heredero. Desaseados y mal vestidos, reducian su ambicion á un buen fusil, y tomaban un nuevo nombre despues del *bautismo*, esto es, despues de haber sufrido la aspersión que se hace sufrir á los marineros cuando por primera vez pasan los trópicos. La libertad absoluta de que gozaban y el continuo ejercicio del valor, eran para ellos poderoso estímulo: no conocian jueces, ni sacerdotes: si eran insultados, el agraviado mataba al ofensor, y daba inmediatamente cuenta á sus compañeros, que examinaban los hechos: si se había hecho justicia lealmente, se daba sepultura al muerto; pero en el caso contrario, ataban al matador á un árbol, y cada uno le disparaba un tiro. Amontonados en barcas descubiertas, sin mas provisiones que bizcocho, agua y fusiles, pasaban las semanas enteras tendidos uno junto á otro en la mayor estrechez por falta de espacio, guareciéndose de los rayos de aquel sol abrasador con algun pedazo de vela destrozada y expuestos muchas veces á los horrores del hambre; pero obstinados siempre en no volver de sus expediciones sin alguna presa.

Los Filibusteros cifraban toda su esperanza en ver aparecer sobre el horizonte un buque, al cual se lanzaban en derechura, cualquiera que fuese su porte; y con la fuerza que da una osada ferocidad, aconteció muchas veces que pusieron á rescate é hicieron prisioneros hasta navíos de guerra, cuyo choque solamente hubiera bastado para echar á pique sus débiles canoas. Apenas se aproximaban, lanzábanse al abordaje setenta ú ochenta hombres resueltos, y perfectamente armados, y ante todo se dirigian á apoderarse de la santabárbara, dispuestos á prenderla fuego y á saltar con el buque. Preciso era ceder ante unos hombres que jamas se retiraban y que despreciaban la muerte, y de aquí aquellos prodigios de valor á duras penas creibles. Pedro Legrand de Dieppe, al abordar un galeon, echó á pique su Barquilla.

se lanza por las cuerdas al puente, y causa tal sorpresa y terror, que solo como estaba, se apodera del buque con su riquísimo cargamento. Montbars gritaba á sus enemigos: « Defendéos para que pueda matáros. »

El botín, que se llevaba á la isla de la Tórtola, se distribuía con lealtad no desusada entre bandidos: las primeras partes se adjudicaban á los heridos, á los cuales se daba además una indemnización determinada, es á saber, 100 escudos por la pérdida de un ojo, y 200 por la de un brazo, y si alguno había perecido, se enviaba su porción á su familia, ó á las Iglesias si no la tenía, para sufragios por su alma. Hechas las reparticiones, los Filibusteros derrochaban en el juego y la disipación lo que con tanto trabajo habían adquirido, y luego, vueltos á su pobre desnudez, se daban nuevamente al corso. Las presas en el mar no satisfacían, sin embargo, su codicia, y así fué que se lanzaron también sobre el continente y saquearon las ciudades, y hasta quisieron ser conquistadores. Si las olas, los aceros enemigos ó las garras de las bestias feroces les perdonaban, el Filibustero concluía ordinariamente sus días en su patria honrado y rico; porque su osadía y la temeridad de sus empresas habían atraído sobre ellos aquella admiración que tan fácilmente llega á convertirse en afectuosa simpatía. Multitud de aventureros venían de todas partes á asociarseles, y los nombres de sus jefes Brouage, Morgan, Lebasque, Nau el Olones, l'Ecuyer y Picard eran por todas partes repetidos como los de otros tantos héroes, no desdenándose tampoco algunos nobles franceses, como un Gramont y un Montbars, de correr los riesgos de los Filibusteros.

El Olones, natural de Poitou, habíase ya hecho temible en las Antillas cuando naufragó, y toda su gente fué pasada á cuchillo por los habitantes de Cartagena; pero habiéndose dejado caer entre los cadáveres, entre los que se le abandonó por muerto, vistióse por la noche el traje de un Español de los que habían perecido, y sublevando algunos esclavos, volvió con ellos á la Tórtola. De aquí partió con veinte Filibusteros, y cruzó por delante del puerto de los Cayos, en la isla de Cuba, traficando en pieles, azúcar y tabaco; mas advertido el gobernador de la Habana, mandó en su persecución un buque con diez cañones y tripulado por setenta hombres, con orden de que no volviera sino despues de haber destruido á todos los Filibusteros, á cuyo efecto envió también un Negro que los decapitase á todos, excepto al Olones. Este, que entró en el puerto con dos canoas para proporcionarse algun buque mejor, encontró en él á la fragata, cuyo arribo ignoraba; pero sin experimentar temor alguno la aborda, se hace dueño de ella, y da muerte uno en pos de otro á todos los hombres que la tripulaban, excepto á uno á quien remite á la Habana con una carta concebida en estos términos: « Gobernador, he hecho con los tuyos lo que tú

querías hacer con nosotros. » — *El Olones.*

De regreso á la Tórtola, encontró en ella á Miguel Lebasque, su compañero, y unidos proyectaron una expedición contra Maracaibo. El Olones debía mandar las fuerzas marítimas, y Lebasque las de tierra, y aglomerados 400 hombres en cuatro ó cinco navéculas, la mayor de las cuales montaba diez cañones, se dirigen á su empresa. Al doblar la punta oriental de Santo Domingo, encontraron dos buques españoles, uno de los cuales, armado con 16 cañones y tripulado por 120 hombres, iba cargado de municiones de guerra; apoderáronse de ambos, y de esta suerte ganaron 180,000 francos, sus naves se aumentaron hasta siete, y sus soldados hasta el número de 440 hombres, armados todos de fusil, sable y dos pistolas. Al llegar al lago de Maracaibo, expugnaron el fuerte que cerraba su entrada, defendido por 250 soldados y 14 bocas de fuego: los habitantes de la ciudad huyeron, refugiándose en Gibraltar, fortaleza bien guarnecida, y toda la campaña se inundó al mismo tiempo, y se cubrió de troncos de árboles que las aguas arrastraban, no quedando más que una estrecha calzada, por la cual apenas podían pasar seis hombres de frente, y defendida por 20 piezas de artillería. Los Filibusteros, no obstante, desprecian el agua y el fuego, y obligan á sus enemigos á rendirse: el Olones hizo dar tormento á muchos; para descubrir los tesoros, impuso á otros subidos rescates, obligándose si los pagaban á no causar daño alguno, y habiéndose negado á satisfacerlos, hizo llevar á bordo de sus naves á los ricos del país y todas las presas, y puso fuego á la ciudad. Cuando reparieron el botín en Santo Domingo, se encontraron dueños de 360,000 escudos, además de otro millon de ellos en ornamentos cogidos en las iglesias, y de 500,000 francos en tabaco, sin contar los prisioneros, que se vendieron públicamente en el mercado.

Vuelto á la Tórtola, el Olones dirigió su codicia hácia las ciudades y pueblos de la bahía de Honduras, y al frente de Porto Cabello, se apoderó de un buque español de á 80 é incendió la ciudad. Despues, á la cabeza de 300 hombres resueltos, se hizo dueño de la villa de San Pedro, á la que puso fuego, y volviéndose á hacer á la vela, capturó una nave de 700 á 800 toneladas, ricamente cargada, que pasaba todos los años desde España al Golfo de Honduras. Á muy poco de esto, el Olones fué comido por los salvajes en la costa de Darien (1).

Igual osadía y mayor fortuna fué la de Enrique Morgan de Gales. Dueño de Puerto Príncipe de Cuba, en el mismo corazón del poderío español, vió á sus órdenes nueve naves y 470 hombres ingleses y franceses, con los que acometió por la noche á Puerto Bello, y habiéndole tomado, hizo en él tan terrible estrago durante quince días, que llegaron á faltar los

(1) EXQUIMELIN, *Hist. des Filibustiers.*

viveres, y la población se reducía visiblemente por las enfermedades. No quiso, sin embargo, retirarse hasta que el gobernador le pagó 100,000 escudos, con los cuales se fué llevando al mismo tiempo 75 acémilas cargadas con el botín. Tan buena suerte trajo á sus órdenes un gran número de jefes, y le hizo disponer de 15 naves y 960 hombres. Con ellos se lanzó también contra Macaráibo: encuentra en el fuerte gran provision de armas y municiones, de las que se apodera: saquea la ciudad igualmente que Gibraltar, y acometido por tres fragatas españolas, hace saltar una hecha pedazos, rinde las otras dos sin perder un solo hombre y reparte 2,500 duros á cada uno de los suyos, además de las mercancías.

En otra ocasión acometió á Santa Catalina, isla protegida por 10 fuertes; y reforzado con las municiones que en ella encontrara, se dirigió á Panamá, derrotó las fuerzas españolas y dió fuego á la ciudad. Habiéndose sustraído despues al odio y malquerencia de los suyos, se retiró á la Jamaica, en donde se le hizo caballero, nombrándosele comisario del almirantazgo, y desplegó el mayor rigor contra sus antiguos compañeros.

Otra partida de Filibusteros, en número de 331, arribaron á Darien, y provistos de un fusil, pistolas, un hacha y cuatro galletas cada uno, se ponen en marcha á las órdenes de sus jefes respectivos, capitaneados todos por Bartolomé Sharp. Al aproximarse, todos huían y se ocultaban por do quiera; por lo cual, no encontrando el botín que deseaban, construyeron las canoas necesarias, llegaron en ellas hasta el Mar del Sur, y en él sorprendieron algunas naves de alto bordo. Los Españoles, que les atacaron con tres buques, fueron derrotados; pero habiendo muerto Sharp al poco tiempo, se fraccionó la partida, dirigiéndose unos á las Indias Occidentales y otros al Perú.

Habiendo entrado en el Rio Guayaquil, asaltaron la ciudad, apoderándose de 92,000 duros en dinero, una gran cantidad de pedrería y géneros diversos, y 14 naves mercantes, y el gobernador se dió por contento con pagar por el rescate 1,000,000 de duros y 400 sacos de harina. En medio, sin embargo, del desórden, estalla el fuego, destruyendo la mitad de la ciudad, y los Filibusteros entónces se refugiaron á las naves con su presa y 500 prisioneros. Con estos esperaron en la isla de Puna el prometido rescate, y á medida que se retardaba su envío, mandaban al gobernador, como recuerdo, las cabezas de algunos de ellos.

Van Horn, Holandes, saqueó á Veracruz con 1,200 de sus secuaces, y reunidos despues en gran número, los Filibusteros caen sobre el Perú. Nadie es osado á resistirles, de modo que se entregan libremente al pillaje por las ciudades y los campos: se llevan prisioneros á los ricos, inmolan á los naturales, y cometen brutales excesos con las mujeres, y sin perder un hombre, se vuelven tan cargados de oro y plata

como los compañeros de Pizarro. Pero de mismo modo que los destructores de Troya, todos perecen á su regreso por el furor de las tempestades ó por sus propios excesos.

Si estos hombres temerarios hubieran obrado de concierto y con mejor intento, muy bien pudieran haber cambiado la suerte de América; pero procediendo como lo hicieron, como aventureros aislados, solo dejaron en pos las huellas de sus devastaciones. Á lo sumo, el acaso les hizo encontrar alguna isla desconocida y excitaron también la admiración con sus proezas y desventuras. Un año despues de haberse descubierto la isla de Juan Fernández, los Bucaneros dejaron olvidado en ella por equivocación á un Indio de Mosquitos, llamado Guillermo, el cual vivió en ella tres años. Tenía en su poder un fusil, un cuchillo, un frasco lleno de pólvora y algunas balas; pero cuando se le concluyeron las municiones, se sirvió de su cuchillo como de una sierra, con el que hizo trozos el cañon de su fusil, con el cual construyó harpones, lanzas y bicheros, y un gran cuchillo, haciendo enrojecerse el metal, y moldeándolo despues entre dos piedras, al modo que acostumbraban hacerlo en su país. Como su traje se había destrozado ya completamente, iba vestido de pieles de cabra, cuando aparecieron nuevamente sus compañeros, á los cuales tuvo la atención de preparar un abundante banquete.

En el año 1700, los Bucaneros abandonaron también en la misma isla al bravo marinero Alejandro Selkirk, de nacion escocés. Los primeros ocho meses tuvo mucho que luchar contra el tedio y la melancolía que le dominaban: se construyó dos cabañas, y mató cabras mientras tuvo pólvora, y encontró despues el medio de hacer fuego frotando dos troncos secos uno contra otro, pasando el tiempo y sosteniendo sus esperanzas con la oración y el cántico de los salmos. Cuando se le concluyó la pólvora, cogía las cabras á la carrera; pero persiguiendo á una cierto dia, cayó en un precipicio, sin que pudiera moverse por bastante tiempo. Cogió de este modo mas de 500 cabras, de las cuales educó á algunas, y se entretenía en bailar con ellas y con los gatos, razas de animales que ambas fueron introducidas en aquella region por los Bucaneros. Sus piés se encallecieron en aquellas correrías, y sus vestidos eran pieles que cosía por medio de un clavo. Las palmas y los rábanos, sembrados también allí por los Bucaneros, le suministraban el necesario sustento, y de este modo vivió cuatro años y cuatro meses, habiéndosele olvidado casi enteramente el articular palabras. Vuelto á Lóndres, marchaba por las calles como absorto, y algunas veces se daba á correr con todas sus fuerzas, como acostumbraba en su isla, sin cuidarse de la gente. Selkirk sirvió de tipo á una de las pocas novelas que nunca perecerán: el *Robinson Crusoe* de Dé Foe.

Precisamente cuando los Filibusteros parecían

que se hallaban á punto de conquistar la América entera, fué cuando principió su decadencia. Los odios nacionales, adormecidos por el común ardor del pillaje, estallaron de nuevo, y Franceses é Ingleses se hicieron mutua guerra. Ya no fué la Tórtola su centro común: los últimos se instalaron en la Jamaica, lanzándose desde ella en busca de nuevas aventuras por los mares del Sur, en que volveremos á encontrarlos, y los primeros, con Grammont á su cabeza, llevaron á cabo una expedición famosa, saqueando á Campeche, en donde quemaron en honor de Luis XIV por valor de 1.000.000 del palo de tinte que da nombre á la isla. En otras ocasiones también auxiliaron las armas de su nación, como sucedió en 1697 en el sitio de Cartagena; pero habiéndoseles expuesto en él al mayor peligro, sin hacerles después partícipes en el botín, tomaron nuevamente la ciudad por su propia cuenta para saquearla á su vez.

Estas mismas guerras, que de día en día los apartaban más de los Ingleses, fueron causa de su debilidad; por lo cual, dejando la vida aventurera, se aplicaron al cultivo, principalmente en Santo Domingo. Aquí tenían establecida una colonia, que la Francia se apropió, y muy pronto las plantaciones de azúcar atrajeron á ella las riquezas de Méjico y del Perú, convirtiéndola en el más rico establecimiento de ambos mundos. Habiéndose emancipado después, en 1722, fué todavía mayor su prosperidad: 500.000 Negros cultivaban su suelo fertilísimo; de modo que 410 naves, tripuladas por 12.000 marineros, se ocupaban constantemente en el transporte de frutos, cuyo valor ascendía á 150.000.000, producto de 8.536 plantaciones, de las cuales eran de azúcar las 800.

El ministro Colbert, deseoso de hacer prosperar el comercio de Francia, creyó conseguirlo con la institución de una nueva compañía, y rescató las Antillas por precio de ochocientos cuarenta mil francos; pero la compañía perjudicó á aquellas islas con sus privilegios, sin que por esto sacara para sí provecho alguno. El sistema de Colbert oprimía gravemente á las colonias, de modo que sus productos, en vez de servir para hacerlas florecer, pasaban á manos de los arrendadores, que exigían los impuestos: la exportación seguía encadenada, y como los negociantes extranjeros se cubriesen con las patentes que los del país les prestaban, se impuso á todos los buques la obligación de volver á los puertos de donde procedían. De aquí nacían grandes gastos y no menor pérdida de tiempo; y esto se llamaba celo por la prosperidad del comercio. Añádanse también los derechos de introducción, tan subidos que el cacao, que costaba veinticinco céntimos en las colonias, pagaba setenta y cinco de entrada: que de los veintisiete millones de libras de azúcar que producía, solo era permitido extraer veinte para el consumo de la metrópoli; de donde resulta, que la producción, en vez de aumentarse, decaía, no quedando á los colonos

otros arbitrios que el de idear alguna industria nueva, de que aun no se hubiera apoderado el fisco, ó el de favorecer el contrabando.

En 1717, estas ordenanzas se sustituyeron con un reglamento bueno y claro, por el que quedaron libres de derechos las mercancías que se exportaban para las colonias, y se rebajaban mucho los que debían pagar las que de estas procedían; pero quedaron todavía las suficientes trabas para impedir su prosperidad, sin que la Francia atinara jamás á dar la legislación que convenía á establecimientos cuyo clima, cultura y propiedades tanto diferían de los de Europa. No hay ley más justa en principios generales que la que ordena la división de las herencias por iguales partes, y sin embargo, allí es causa de una subdivisión tan extrema, que hace imposible aquel cultivo en grande escala, indispensable en tal género de propiedades.

De no menor importancia fué la Martinica. Sus colonos tuvieron que luchar por largo tiempo con los Caribes; hasta que conseguida su expulsión, organizaron mejor el trabajo, el tráfico y el cultivo del tabaco, del algodón, y posteriormente el del azúcar y el cacao, principalmente desde que después de 1684 el chocolate se hizo de uso general en París. Habiendo después un huracán destruido todas estas plantas, las sustituyó la del café, que llegó á ser el mejor de América. Concluidas las guerras con las potencias marítimas, y la mala administración, la Martinica fué el emporio de las islas que la rodeaban, y el activo contrabando que hacía en las posesiones españolas, llevaba á ella gran cantidad de dinero. Esta prosperidad, sin embargo, se vió frecuentemente turbada por las desgraciadas guerras dinásticas de Europa, después por algunos huracanes, especialmente el de 1766, y además por un insecto que destruía las plantaciones, hasta el punto de pensar en abandonarlas por completo; pero afortunadamente se encontró remedio á tan grave mal.

Para defender las colonias contra los Ingleses y Holandeses, fué necesario tener siempre en ellas fuerzas considerables; y no siendo suficientes las milicias del país, los colonos se sometieron al pago de un impuesto para el mantenimiento de sus tropas regulares. El gobierno francés, sin embargo, creyó necesario conservar también las primeras para el buen gobierno interior, por lo que obligó á los colonos á soportar esta carga sin aliviarlos de la otra; medida que fué causa de grave descontento, especialmente en Santo Domingo, en donde fué preciso hacer armas para sofocarlo.

En 1778 se contaban en la Martinica 12.000 blancos, 3.000 Negros ó mulatos libres, y 80.000 esclavos; habiendo en ella 257 plantaciones de cañas de azúcar, de donde se sacaban 244.000 quintales de azúcar sin refinar. Los colonos eran gente bien acomodada, amantes del lujo, excelentes marinos, y apasionados por la libertad.

En 1775, la Francia recibió de Santo Domingo en 353 buques 1.230.663 quintales de azúcar, que valieron muy cerca de 45.000.000 de francos: 459.000 de café, por valor de 22.000.000: 18.000 de añil, por el de 15.000.000: 5.780 de cacao, que produjeron 400.000 francos: 500 quintales de achiote, por la suma de 32.000: 26.000 de algodón, valuados en 6.700.000 francos: 14.100 cueros, en 164.000: 43.000 quintales de hilaza para cuerdas, á 43 francos el quintal: 90 quintales de cañafistola, valorados en 2.400 francos, y además las mercancías menos importantes y la moneda, cuyas partidas todas forman á una suma la de 94.000.000 de francos. Añádanse á esta 488.598 francos procedentes de Cayena, 19.000.000 de la Martinica y 12.751.404 de Guadalupe, y se verá que la Francia sacó aquel año de sus posesiones del Nuevo Mundo más de 126.000.000, de los cuales exportó para el extranjero por valor de 73 y medio.

La isleta de San Pedro da también á aquella nación productos de otro género, á pesar de no contar más de 800 habitantes establecidos en ella; pero concurren á sus aguas miles de marineros de Bretaña y Normandía á la pesca del bacalao, no bajando de 14.000 los que se ocuparon en ella el año 1830.

Ya hablamos en otra parte de la prosperidad que alcanzó Cuba después de la abolición del monopolio. En 1740, España había concedido su comercio á una compañía que mandaba cada año tres buques, los cuales exportaban 20.000 arrobas de azúcar. En 1764, aquella nación concedió á los colonos que pudieran dar sus mercancías á todos los Europeos directamente, pero valiéndose de las naves del Estado; restricción que se abolió tres años más tarde, alzándose sucesivamente la prohibición de traficar con los otros Americanos, hasta que en 1790 el comercio pudo ya considerarse libre. Imposible es decir el rápido incremento que desde entonces tomó aquella isla. La población, escasisima en un principio, ascendía á 170.000 almas en 1775: en 1817, á 552.000; y en el año 27, á 730.000, es decir, que se cuadruplicó en medio siglo. El producto del azúcar en 1830 era el de 8.000.000 de arrobas, y 2.880.000 de café, mientras que en 1792 apenas daba 7.000; y en 1827, la renta que producía, era de cerca de 47.000.000, al paso que Méjico con igual población no daba más que 12, y Java, la isla más floreciente del Archipiélago Indio, solo producía 8.000.000 en 1822.

La Constitución promulgada en España después de la muerte de Fernando VII, parece que se propuso arruinarla: tan desastrosas eran sus disposiciones. Excluidas por ella las colonias de la representación nacional, se las hizo reparar los daños de la metrópoli con un ruinoso sistema de hacienda; pero la isla sin embargo continuó prosperando. En 1828 arribaron á ella 1702 buques: en el 31, exportó para Inglaterra solamente 1.591.747 libras de café; y

en el año 34, su comercio se valoró en la suma de 33.000.000 de duros, de los cuales 9.000.000 procedían de los productos de la isla. Los Negros son en ella bien tratados, y se idean los medios de emanciparlos: en el interin, se introducen trabajadores blancos: se deja á los esclavos su peculio, y cuando muere algún amo, da libertad á los esclavos domésticos, asignándoles al propio tiempo un pedazo de tierra, si bien frecuentemente continúan todavía dedicados al servicio.

La Habana cuenta 112.000 habitantes, de los cuales 22.000 son esclavos, y la aduana recauda 24.000.000. Los naturales, en continuo trato con la América Septentrional, adquieren gran actividad: se toleró en ella á muchos extranjeros, sin imponérseles gabela alguna, atendido que la ley antigua no los admitía: la industria agrícola y la fabril prosperan ayudadas por las máquinas de vapor (1); los caminos de hierro se multiplican, y la instrucción al propio tiempo se difunde, habiendo gran número de periódicos y muchos poetas, especialmente dramáticos. Todas estas causas hacen que los Estados Unidos deseen tanto su adquisición, que por fin llegarán á realizar.

CAPÍTULO XXIV

Viajes por los mares del Sur.

La conclusión del siglo XVI parecía destinada á eclipsar las glorias que su principio adquiriera: tan grandes fueron el arrojo y la fortuna de las expediciones que en ella se hicieron, y del mismo modo que los Holandeses, así también los Ingleses se apresuraron á dar golpes terribles al poderío de los Españoles en América y en Asia (2).

Francisco Drake, natural del Devonshire, nació en 1539, se dedicó desde muy joven á la vida del mar, y viajaba con Hawkins á la Española, transportando Negros del África; pero sorprendido por los Españoles, perdió su cargamento y hasta las naves. Á fin de tomar represalias, se armó entonces en corso con el objeto de interceptar el tesoro que se decía iba á transportarse desde Panamá á España, atravesando el istmo de Darien, y si bien no consiguió su propósito, adquirió sin embargo en sus correrías considerables riquezas, con las cuales suministró al conde de Essex los medios de reducir á los insurgentes irlandeses. El pabellón inglés había ya ondeado anteriormente

(1) RAMON DE LA SAGRA, *Hist. económica, política y estadística*. Este mismo autor publicaba en la Habana un periódico mensual, titulado: *Anales de Ciencias*.

DE MONTVERA, *Essai statistique sur les colonies européennes*.

La Sociedad económica de Amigos del País de la Habana nos remitió sus estatutos, de los cuales aparece el gran interés que se toma por la emancipación progresiva y la educación de los esclavos.

(2) JACOBO BURNEY, *A Chronological history of the discoveries in the south sea*. Londres 1803-1817. 3 tomos.

Drake.
1545.

1573.